

La vida de trabajo, el trabajo de la vida

Nicolás Sánchez Durá

Profesor titular del Departament de Metafísica i Teoria del Coneixement de la Universitat de València

La imagen que prologa estas líneas es enigmática. Dos militares sentados se dan la espalda. Que el hombre en segundo plano es también un militar —el que se afana sobre la mesa improvisada lleva galones en la bocamanga—, lo deducimos por las botas que calza y el casco que junto a él reposa en la tarima. El oficial manipula un rudimentario ingenio técnico ¿Está telegrafizando? No, realiza un experimento; mejor: intenta establecer una medida. La imagen no es una fotografía, es un grabado. Apareció en la revista *La Science et la Vie* [La Ciencia y la vida] publicada en París el año 1917-1918, el último año de la Gran Guerra. Lo que el grabado quiere describir es la actividad de Jean-Mary de Lahy, en su laboratorio del frente de la Somme, midiendo el tiempo de las reacciones del otro soldado que está sentado. El aparato se llamaba algo así como "cronógrafo".

¿Quién era Lahy? ¿Qué estaba haciendo precisamente en el frente de batalla? Lahy fue un psicólogo —y sobre todo un fisiólogo— que participó desde Francia en el gran debate europeo entre las teorías tayloristas y los partidarios de "la ciencia del trabajo" sobre la organización la producción industrial. Ese debate versó sobre el mejor modo no sólo de organizar la producción fabril, sino cómo adaptar la fuerza de trabajo a las necesidades de aquélla. O mejor: no sólo versó sobre la organización más eficaz del proceso de producción, sino también sobre cómo seleccionar y conformar a los trabajadores para un mejor aprovechamiento de su energía productiva, es decir, de su cuerpo y sus potencialidades. Pues según la lógica de la acumulación y no del derroche, era necesario aquilatar cuáles eran los ajustes necesarios para que se redujeran —y en el límite ideal, se anularan— los movimientos corporales inútiles. Por tanto, una producción seriada bien organizada en el uso de los recursos debía basarse en el menor gasto de energía corporal y mental para obtener el mayor rendimiento con la menor fatiga posible de los trabajadores. Todo lo cual, por cierto, suponía muchos asuntos: una jerarquización de las competencias en las unidades de producción; la división analítica en partes coordinadas y estructuradas del proceso de producción de una mercancía acabada; la subsiguiente estandarización de las tareas; la regulación de horarios y turnos; el fijar la velocidad adecuada y los ritmos de las cadenas de montaje o de la seriación de tareas el diseño de herramientas y maquinaria que tuviera en cuenta la ergonomía de los cuerpos, pero también el tratar de reducir los efectos de la monotonía del trabajo, la fatiga mental de los trabajadores, etc. Si tenemos en cuenta que la mayoría de la mano de obra de la que se abasteció la producción industrial provenía de los talleres artesanales o de la emigración campesina, es decir de unas poblaciones totalmente ajenas a los modos de vida fabriles y urbanos, todo ello necesariamente también suponía un conocimiento preciso y peculiar del cuerpo humano, de sus capacidades de reacción y respuesta. Suponía conocer el rendimiento de los cuerpos con exactitud numérica, cuidarlos y controlarlos como si fueran instrumentos de precisión. Es decir, suponía que el punto de vista técnico se ejercía no sólo sobre máquinas y motores, no sólo sobre la organización de los procesos, sino sobre las mismas personas, su cuerpo y su ánimo, su alma. Por ejemplo, Lahy empezó haciendo estudios detallados sobre dactilógrafos y linotipistas para encontrar lo que llamaba un conjunto de signos "psicofisiológicos" que fueran indicadores objetivos de aptitudes particulares (en el caso de los linotipistas, una rápida coordinación mano-ojo y una buena memoria, etc.)

Reveladora de tantos rasgos del mundo moderno, la Primera Guerra, al suponer la movilización total de todos los recursos productivos de las sociedades industriales en pro de la destrucción de masas y masiva, se planteó estratégicamente no en términos estrictamente bélicos, sino en términos de fatiga y potencia de fuego. Por ello, aquella guerra fue la ocasión para poner en práctica de forma extensa todos los principios de organización productiva que afectaron no sólo a los varones, sino a la entera población (pues la producción se vio fundamentalmente en manos de adolescentes, mujeres e indígenas de las colonias). En cualquier caso, las discusiones iniciales entre tayloristas y "científicos del trabajo" se fueron difuminando con ocasión del conflicto bélico. Precisamente en el contexto de uno de los más famosos frentes de aquella guerra es donde, en el grabado, vemos a Lahy haciendo sus mediciones de los tiempos de reacción de un hombre ante el estruendo de los impactos artilleros. Pues la guerra no sólo fue la ocasión de que se aplicaran en general los principios de la organización "científica" del trabajo, también lo fue para innovar, para realizar experimentos psicológicos y mediciones ergonómicas que se aplicaron en la posguerra. Y eso es lo que está haciendo Lahy en el grabado. Dos ejemplos más vienen especialmente al caso. Por un lado se dedicó a estudiar a los artilleros para establecer un "índice de fatigabilidad" fundado sobre las variaciones temporales de la rapidez de reacción a estímulos auditivos y visuales. También estudió "la sangre fría" o la "plasticidad funcional", midiendo las diferencias —una vez sometidos a fuego enemigo— en el retorno a la normalidad del pulso y de la frecuencia respiratoria. Este tipo de estudios se realizaron en todos los frentes y en todos los bandos combatientes. Es interesante señalar que los test para la selección y posterior adiestramiento de los pilotos —y con esto acabo con este aspecto no tan alejado como parece de las fotografías que nos ocupan— consistían en aquilatar un *dominio de sí* y una *rapidez de decisión* tales que les posibilitaran realizar veloz y correctamente las maniobras sin experimentar emoción alguna (entre las cuales se contaba el derribar, bombardear, matar, etc). Nótese —de hecho así lo dice Jean Camus que fue quien hizo esos test— "sin emoción alguna".¹

Es decir: esta concepción "científica" de la producción deriva en una tecnificación de la entera vida, incluso allí donde no se la sospecha. Pues por mor del principio del máximo rendimiento y de la acumulación de la ganancia, los rasgos físicos de las personas, los cuerpos, se configuran, se amoldan o se intenta que se amolden a las máquinas y su organización productiva. No otra cosa intentó decir Günther Anders en los años cincuenta cuando en una obra, que sólo recientemente empieza a ser escuchada², habló del "principio de las máquinas": éstas no tienen que ser concebidas como unidades discretas, separadas, inconexas, sino que en cuanto su principio es el máximo rendimiento necesitan todas ellas "mundos en derredor" que posibiliten su fin. De manera que la máquina es expansiva, colonizadora de su entorno y crea su propio "imperio colonial de servicios". La tendencia de la máquina es colonizadora no sólo porque atrae a su esfera el mundo exterior, sino porque lo pliega a su juego, cuya regla es el máximo rendimiento. Esta lógica expansiva, esta dinámica acumulativa, tiene el efecto de arrinconar, de excluir a todos aquéllos no concordes con este modo de actuación.

En estas fotografías de los Altos Hornos del Puerto de Sagunto vemos, *al tras luz*, todas y cada una de estas características de la producción industrial moderna. Y ese aspecto es el que aquí se destaca respecto de aquella magnífica exposición, *Reconversión y Revolución. Industrialización y Patrimonio en el Puerto de Sagunto*, basada en las fotografías de Manuel Rodríguez Velo. Pues ahora no se trata sólo, ni principalmente del proceso de la siderurgia,

1 Cf. Anson Rabinbach *Le moteur humain. L'énergie, la fatigue et les origines de la modernité*, La Fabrique, 2004 pp. 390 y ss.

2 Anders, G. *La obsolescencia del hombre*, Pretextos, Valencia, 2011.

de esas arquitecturas ciclópeas que hoy —después de las series fotográficas de Bernd y Hilla Becher— también pueden ser vistas como esculturas. Ahora se trata de ese mundo absorbido, plegado, de ese imperio colonial de servicios del que hablaba Anders en un libro que fue escrito precisamente por los años en que muchas de estas fotografías se tomaron. Se trata de la configuración del núcleo urbano en torno a la planta, ese microcosmos donde economatos, escuelas, campos de deportes y espacios de ocio, dispensarios y clínica... un mundo articulado en función del horno, de esa ancestral actividad de transmutar la piedra en algo más duro, más resistente, condición de posibilidad de tantas otras cosas: el hierro y el acero. Pero a la par, en la progresión temporal de las instantáneas también vemos cómo los que provenían de la misma construcción de los hornos o del trabajo agrícola van cambiando su fisonomía, cambian boina y alpargatas por casco y botas, y su atuendo raído se convierte en uniforme. Quizá sea el deporte donde mejor pueda apreciarse, en tanto horizonte e ideal, la construcción de un tipo: el trabajador fabril moderno disciplinado cuya coordinación de movimientos configura un cuerpo colectivo, una construcción orgánica.

Pero volvamos un momento a los dactilógrafos y artilleros, a los linotipistas y aviadores de los que hablábamos. Se trataba, dije, de encontrar índices "psicofisiológicos": es decir, el asunto no sólo se limitaba a los cuerpos sino a la *psiqué*, al alma, a la mentalidad. Quizá sea en el ya mentado ejemplo de los artilleros y los aviadores donde mejor se capte el paso desde los predicados biológicos a los predicados morales: se trataba de pautar, y promover, rasgos somáticos que redundaran en el dominio de sí, la decisión, la contención emocional, etc. Estas virtudes, esta "excelencia" en la práctica de una capacidad —pues tanto por "virtud" como por "excelencia" puede traducirse el vocablo griego "areté"— no son ya meramente psicológicas, sino propiamente morales por cuanto prescriben formas de ser, hábitos que deben adquirirse y transmitirse, esto es, buenas costumbres. Ese punto de vista general, esa perspectiva y forma de racionalizar científicamente el trabajo pasaron a formar parte, ya ha sido dicho, del acervo laboral. Por tanto el mundo del trabajo también trabaja la vida, la vida de las personas, que se objetiza hasta los rincones y pliegues más recónditos. Es significativo a este respecto —entiéndase: no digo que haya una relación de causa y efecto— que la exportación de mineral de hierro de Sierra Menera, a través de los pantalanes del Puerto de Sagunto y la línea férrea que los conectaba con las minas, se convirtiera en una plata siderometalúrgica, la Compañía Siderúrgica del Mediterráneo (CSM), precisamente el último año de la Gran Guerra, en 1917.

Es este uno de los dominios que recubre el concepto de biopoder y de biopolítica, cuya aplicación hoy se extiende a partir de los estudios de Foucault. El poder no es sólo un aparato de dominación basado en la coerción y represión violentas a través de policía y ejército, sino un conjunto extraordinariamente diversificado de prácticas de control y gestión que permea la sociedad y el tejido social a través de normas administrativas y reglas no escritas que moldean los más variados aspectos de la vida. Normas y reglas —a veces muy difusas— que implican y promueven aquiescencia, es decir sometimiento voluntario. De nuevo las numerosas fotos de ejercicios gimnásticos nos muestran no sólo el cuidado de los cuerpos jóvenes, sino cómo a través de políticas que administran la higiene se revelan e inculcan los valores del orden, la disciplina, la primacía del grupo articulado sobre el individuo, el tipo al que uno debe conformarse a riesgo de convertirse en un *outsider*. Y lo mismo ocurre con las fotos de las misses obreras, que asumen una representación imaginaria del mundo —una ideología respecto de la belleza femenina— ajena al mundo del trabajo. Hay aquí un afán de emulación, no exenta de patetismo, que pretende nivelar, homogeneizar, borrar las marcas de clase.

Ahora bien, cabe no olvidar que todo ello se produce en un país y en un contexto político muy peculiar. En esta exposición refulge una foto de 1946 —de bombas desactivadas convertidas

en chatarra presta a ser refundida— que nos recuerda la guerra civil que instauró el régimen autoritario bajo cuyo dominio se desarrolló aquella Compañía Siderúrgica del Mediterráneo de 1917 hasta convertirse en una parte, tras su constitución en 1971, de Altos Hornos del Mediterráneo (AHM), después de haber sido absorbida por Altos Hornos de Vizcaya (AHV) en 1941.

Es decir, esta vida de trabajo se construye después de la mayor derrota política del movimiento obrero y popular, bajo un régimen dictatorial que hizo un uso despiadado de las formas de violencia represiva a lo largo de la inacabable posguerra que sufrió este país. Lo cual significa que en nuestro caso esas biopolíticas se desarrollaron bajo condiciones extremas de coerción violenta aseguradas por la policía y el ejército de un régimen de estirpe fascista y nacional católico. De hecho, mucha de la historiografía reciente sobre el fascismo italiano y el nazismo los interpreta como un laboratorio biopolítico que condensa las contradicciones de la modernidad³. Creo que la siderurgia de Sagunto merecería ser más estudiada desde este punto de vista. Pero en el caso español, como esta exposición pone claramente de manifiesto, parte no menor de tal consideración debería versar sobre la iglesia católica, no ya connivente con aquel régimen político sino uno de sus principales agentes. En estas fotografías puede apreciarse no sólo en la mezcla indiscernible de gerifaltes políticos y autoridades religiosas en las visitas oficiales, como la del Arzobispo en 1947 de la aquí queda constancia, sino en esa perfecta síntesis que supone la foto donde unas clavarietas repartiendo comida -bajo la mirada sonriente del sacerdote- visitan Auxilio Social, organización de la Sección Femenina de la Falange copiada de la organización nazi Auxilio de Invierno (*Winterhilfe*) por Javier Martínez de Bedoya tras su viaje a Alemania, que fue segundo marido de Mercedes Sanz Bachiller su fundadora, la viuda de Onésimo Redondo, que contó para ese cometido con la ayuda del lugarteniente del embajador alemán en España, el general Von Faupel.

Ocurre aquí como en el famoso cuento de E.A. Poe *La Carta Robada*. La iglesia católica está tan presente que de tan familiarizados con ella —especialmente aquéllos para los que la "memoria" histórica no es una metáfora sino una evocación personal— corremos el peligro de no verla. Desde luego es visible en esa suerte de horcas caudinas en forma de pancartas del Sindicato (vertical) del Metal, bajo las que cruza una niña, que anuncia la alocución radiofónica del Papa Pío XII. Pero se disimula en las cucañas, o en el baile del Casino de "Productores", de las fiestas en honor de la Virgen de la Begoña, el Día del Aprendiz bajo la égida de San Juan Bosco, las procesiones marineras, la fiesta del Dommund, la procesión del Corpus, las comuniones... Es decir, el tiempo festivo, simbólica y moralmente, con todo lo que ello comporta, estaba administrado por la iglesia hasta la exasperación.

En cualquier caso, ya ha sido dicho, estas fotografías deben verse al "trasluz". Es decir: hay que mirarlas no una a una sino como una constelación, poniendo entre paréntesis la inevitable aura que el paso del tiempo les presta, sorteando la tentación de considerarlas meramente desde el valor estético que algunas de ellas sin duda retienen. Porque en estas instantáneas, que nos ofrecen un mundo reconciliado y armónico, el conflicto y la violencia institucional están ausentes. Hasta las imágenes de accidentes y percances son simulacros de prácticas de seguridad en el trabajo. Por no hablar de las fracturas de clase, las luchas sindicales, las prácticas de resistencia y disenso o el enfrentamiento directamente político. Pues el origen de la mayor parte de estas fotografías son los álbumes que se enviaban a los consejos de administración, allí en Vizcaya, para ilustrar los ejercicios económicos. Sí, los cuerpos, las vidas, las costumbres y prácticas vitales más diversas estaban configuradas por la vida de trabajo, pero también por comisarías de policía, celdas, palos y torturas.

3 Cf. Traverso, E. *L'Histoire comme champ de bataille*, La Découverte, Paris, 2011.



El 22 de noviembre de 1968 el diario *Levante* publicaba la foto de Antonio Palomares desfigurado por las largas sesiones de tortura en la Jefatura Superior de Policía. Los titulares rezaban: "Desarticulación de una organización clandestina comunista en Valencia. Se había infiltrado en los comités de las Comisiones Obreras. Brillante Servicio de la policía Valenciana". En realidad se detuvieron 36 personas, algunos comunistas otros de la HOAC o de las Juventudes Obreras Católicas (JOC), otros aún de filiación socialista, como Vicent Ventura.

En esta exposición hay también una fotografía de un día 22 del mismo año, pero ocho meses antes, una fotografía del 22 de marzo de 1968: "Proclamación de la madrina de Aprendices de la cuarta promoción". Un mantenedor anima el escenario, quizá del Casino de Productores, donde seis jóvenes mujeres sostienen un ramo de flores que les han obsequiado. Nada en ella puede indicar que estuviera tomada en un país y en un tiempo donde se publicaría aquella otra del hombre violentamente desfigurado. Pero tampoco ninguna de ellas da a pensar que en 1966 se fundó CCOO en el País Valenciano, a cuyas reuniones fundacionales asistieron trabajadores de los Altos Hornos de Sagunto, precisamente tras huelgas y paros ocurridos en los años inmediatamente anteriores, especialmente tras la huelga de 1965; en 1968 algunos de sus líderes fueron detenidos⁴. Quién podría decirlo viendo estos jóvenes en el paraíso nacional sindicalista de verbenas y deportes, curas y escuelas de aprendices, laboratorios y dispensarios... donde la piedra se convertía en hierro.

⁴ Cf. Ramiro Reig "Recuérdalo tú y cuéntaselo a otros. Las relaciones laborales en los Altos Hornos de Sagunto", en VV.AA., *Reconversión y Revolución. Industrialización y Patrimonio en el Puerto de Sagunto*. Universidad de Valencia, 1999, pp. 47-58.



La imagen de Rusia, 1936. *La Vanguardia*,
29 de agosto de 1936.



Un trabajador desafiante.
Revista Spanische
Oktober, 1935.

Este libro se publica con motivo de la exposición *Jóvenes Obreros en el paraíso. Fotografía e Industria en el Puerto de Sagunto, 1940-1975*, que se presentó en noviembre de 2011 en la Sala d'Exposicions de la Llotja del Cànem de la Universitat Jaume I de Castelló; en diciembre de 2011 y enero de 2012 en la Casa Municipal de Cultura de l'Ajuntament de Sagunt; y en febrero de 2012 en la Sala de la Muralla del Col·legi Major Rector Peset de la Universitat de València.

Jóvenes obreros en el paraíso

Fotografía e industria en el Puerto de Sagunto, 1940-1975

Universitat Jaume I. Llotgeta del Cànem.
Ajuntament de Sagunt. Casa Municipal de Cultura.
Universitat de València. Col·legi Major Rector Peset.

Comisarios
Miguel Ángel Martín
Gonzalo Montiel Roig

Coordinación
Ana Bonrnati
Daniel Belinchón
Albert Forment

Diseño del montaje de la exposición
© danielnebot

Diseño del catálogo y maquetación
© danielnebot

Audiovisuales
Vicente Pereiró
Eugenio Soler Ases

Coordinación del catálogo
Gonzalo Montiel Roig
Miguel Ángel Martín

Textos
Gonzalo Montiel Roig
Miguel Ángel Martín
Nicolás Sánchez Durá
Cristina Cuevas-Wolf

Traducciones
Eva Torrecillas

© de los textos, los autores.
© de la edición, la Universitat de València.

Impresión
Gráficas Rianjo

ISBN: 978-84-370-8158-8
D.L.: V-3766-2011

Archivos que han colaborado
Archivo de la Fundación de la Comunidad Valenciana de Patrimonio Industrial de Sagunto.
Biblioteca Valenciana.
Institut Valencià de l'Audiovisual i la de Cinematografia Ricardo Muñoz Suay.
Archivo Fotográfico Ortín-Andrés.

Agradecimientos
Familia Rodríguez Velo, Rosa Rodríguez García, M^a Dolores Rodríguez García, Ángel Otmos, Vicente Ortín, Jorge Ribalta, José Ángel Montiel, Salvador Albiñana, Carlos Xavier López, Ximo Revert, Isadora Guardia, José Manuel Rambla, José Martín Martínez, Pablo Vila, José Vte. Beltrán, Josep Gavaldà, Carmen Dolz, Elena Martínez, Eugenio Soler Ases, Colectivo La Compañía, y Paco Zarzoso por las puertas que se abrieron cuando éramos jóvenes.

Índice

- 07 **Presentación institucional**

- 09 **Introducción**
Gonzalo Montiel Roig
Miguel Ángel Martín

- 11 **La fotografía como dispositivo de poder**
Representación de los jóvenes en los archivos de la siderurgia saguntina
Gonzalo Montiel Roig

- 23 **Pretérito imperfecto**
Políticas de juventud e industrialización en el Puerto de Sagunto (1940-1975)
Miguel Ángel Martín

- 33 **La vida de trabajo, el trabajo de la vida**
Nicolás Sánchez Durá

- 39 **La industria siderúrgica y el vestigio de un movimiento obrero**
Cristina Cuevas-Wolf

- 45 **Fotografías de la exposición**

- 96 **Bibliografía**